

Prólogo

El amor es un tema clave en nuestra vida, tanto desde su vertiente de pasión, deseo y sexo, como desde su faceta de compromiso, amistad, familia, atracción síquica y compañerismo. Es un proyecto común del varón y la mujer. Dos tipos de seres humanos que tienen imágenes y expectativas muy diferentes en este «juego». Eso crea barreras no fáciles de superar y la sensación de que se trata de una guerra de sexos y un pacto con el «enemigo». Sin embargo, esa visión no es necesariamente cierta. En el amor todos pueden ganar y para ello no hay que derrotar al otro, aunque sí hay que hacerse cargo de las necesidades y expectativas del otro, porque nada funciona, a largo plazo, sin beneficio mutuo. El realismo en las expectativas es clave para que la pasión y el romanticismo florezcan.

Nadie nace sabiendo querer: a amar se aprende amando y esforzándose. Como decía Erich Fromm en *El arte de amar*, querer es un arte «tal como es un arte el vivir. Si deseamos aprender a amar, debemos proceder en la misma forma en que lo haríamos si quisiéramos aprender cualquier otro arte, música, pintura, carpintería o el arte

de la medicina o la ingeniería». Por eso no se necesita ser un Valentino o una Venus para amar, sino que este don está al alcance de todo bolsillo y de todo nivel social y de belleza. Es lo único «gratis», una fuerza estabilizadora que evita mayores descalabros y conflictos en el mundo. Para amar sólo se necesitan ganas de aprender y tiempo. No hay que ser especial, ni un experto en el Kamasutra o en el arte de la seducción para disfrutar de este fruto sin precio, prohibido y permitido. Sin embargo, es imprescindible arriesgarse y no engañarse: «Engañarse respecto al amor es la pérdida más espantosa, es una pérdida eterna, para la que no existe compensación ni en el tiempo ni en la eternidad» (*Mi punto de vista*, Soren Kierkegaard,).

Para los filósofos clásicos, como Aristóteles, amar es «querer el bien para otro en cuanto otro» (*Retórica*), es salir de sí para entrar en un mundo ajeno. Es lo que experimentó San Juan de la Cruz cuando dijo: «Quedéme y olvidéme, el rostro recliné sobre el Amado, cesó todo y dejéme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado» (*Noche Oscura*). Un bendito abandono, un descansar en el otro, una paz y un gozo. Amar necesita generosidad, y el puro egoísmo convierte el amor en mera transacción o en puro sexo. Sólo dos seres generosos pueden descansar en el otro sin sentirse atrapados en una agónica lucha por prevalecer.

Sin duda, el sendero del amor está fraguado de peligros y dolores, tiene el potencial de asustar, alienar y esclavizar cuando uno de los dos jugadores lo manipula. Sin embargo, cuando es compartido se torna en libertad de dos esclavos y placer de los dioses. «El amor maduro significa unión a condición de preservar la propia integridad, la propia individualidad... En el amor se da la paradoja de dos seres que se convierten en uno y, no obstante, siguen siendo dos» (*El arte de amar*, Erich Fromm).

Amar no es controlar, sino respetar al otro y al mundo. La manipulación, el amor como posesión egoísta, es la fuente de todas las tragedias amorosas, de violencia y guerras.

El amor entre el hombre y la mujer es sexual. Y no dar la importancia debida a este aspecto es idealizar falsamente la relación. El sexo no es la causa del declive ético o de los problemas de la sociedad actual; lo que realmente desencadena los graves males que nos aquejan hoy día son los choques de egoísmos. Los poderes fácticos siempre han colocado compuertas al aire, al amor y al sexo. Limitar es humano, pero muchas de esas limitaciones han desembocado en angustias y neurosis, en violencia y en sangre derramada. Amor salvaje, amor humano, amor... sin adjetivos, sin cortapisas, sin convenciones, con la sola limitación de no hacer daño al otro. Para el maestro budista Osho, el sexo es el principio del amor y es divino: «Si deseas una lluvia de amor en la vida, renuncia al conflicto con el sexo. Acepta el sexo con alegría, reconoce su cualidad sagrada. Recíbelo con gratitud y acéptalo más y más profundamente. Te sorprendería el descubrir cuán sagrada se revela la lujuria sexual cuanto más le brindas una sagrada aceptación. Y cuanto más pecaminosa e irreverente sea tu actitud, más feo y pecaminoso se reflejará el sexo... en el sexo los amantes viven el coito, y esa etapa se halla muy cercana al templo de Dios, en donde Él se manifiesta en una creativa variedad de formas» (*Del sexo a la superconciencia*, Osho).

Hay que romper con la hipocresía sobre el amor como sexo, no para defender la promiscuidad, sino para no engañarnos a nosotros mismos y no privar a millones de seres de la felicidad del encuentro sexual. «Si un hombre de la Luna o Marte viniera aquí y revisara nuestra literatura, leyera nuestros libros y poesía, viera nuestras pinturas... se sorprendería. Se preguntaría por qué todas nuestras

artes y literatura giran sólo en torno al sexo. ¿Por qué todas las poesías, novelas, revistas e historias del hombre se hallan saturadas de sexo? ¿Por qué hay una fotografía de una mujer semidesnuda en todas las revistas? ¿Cómo es que todas las películas hechas por el hombre están hildas en torno a la lujuria y la pasión? Estaría perplejo. ¡Este visitante extraterrestre se preguntaría por qué el hombre sólo piensa en sexo! Se vería doblemente confundido si se encuentra con un hombre y habla con él, pues éste se esforzará mucho por darle la impresión de que no tiene nada que ver con la existencia del sexo» (*El libro del sexo*, Osho).

La idealización irreal es un mortal enemigo del amor. El amor no es único ni unívoco. Las canciones como *Solamente una vez* suenan bonito, pero si fuesen verdad, estaríamos perdidos. «El amor no es esencialmente una relación con una persona específica; es una actitud, una orientación... Si una persona ama sólo a otra y es indiferente al resto de sus semejantes, su amor no es amor, sino una relación simbiótica, o un egotismo ampliado... Si puedo decirle a alguien "Te amo", debo poder decir "Amo a todos en ti, a través de ti amo al mundo, en ti me amo también a mí mismo"» (*El arte de amar*, Erich Fromm).

El amor no es sólo sexo, es un proceso que relaciona a dos personas, no dos objetos. Y aunque obedece a una intensa pulsión de satisfacer el deseo, no debe confundirse con algo similar como satisfacer el hambre comiendo. El objeto del amor es un ser humano y eso exige tener en cuenta sus deseos y necesidades. No ama el que dice «Te quiero» sino el que hace «Te quiero», con acciones concretas que buscan el bien del amado. El amor se muestra en detalles, ayuda y también en sacrificio, en compromiso, en negativa a satisfacer algunos de nuestros deseos. Sin embargo, eso no significa que las convenciones sociales sobre la institucionalización del amor sean todas ra-

zonables: el sacrificio inútil es una locura que debe evitarse y que puede llevar a la neurosis.

El amor necesita libertad, pero no desaparece con el compromiso. Se puede ser célibe «por el Reino de los Cielos, por poder o dinero, o por amor a Consuelo». El amor sexual puede sublimarse en la religión, o en el servicio a los demás, o en la dedicación al trabajo, o en el arte, pero ha de hacerse por propia voluntad y de acuerdo con la naturaleza y situación de cada uno. Para privar a alguien de la sexualidad hay que tener un objetivo elevado y realista, no un sueño de una noche de verano. El amor que no tiene en cuenta la realidad, la naturaleza y la situación concreta no es un buen amor y creará sicosis. La presión social o cultural, la violencia o el idealismo que no tiene en cuenta la capacidad real de cada individuo matan al amor. Y pensar que en el corazón humano sólo cabe un amor erótico es rebajar demasiado al hombre o mujer. Por amor a alguien puedo controlar mis sentimientos, porque el ser humano también necesita estabilidad, pero no puedo poner puertas al campo o ir en contra de mi naturaleza.

Las limitaciones sociales al sexo tienen dos caras: por un lado, añaden pulsión y «morbo» a las relaciones de ese tipo y también dificultan la promiscuidad y el «desorden» en las actividades sexuales; pero, por otro lado, al unirse con la barrera de contacto mental entre los seres humanos (no podemos saber qué hay dentro de la mente de la persona con la que nos cruzamos o con la que interactuamos), dificultan el encuentro entre seres que podrían disfrutar del sexo y del amor. Las aplicaciones de los teléfonos inteligentes en las que hombres y mujeres pueden mostrar su disponibilidad a los contactos amorosos y dejar que otros usuarios lo sepan, pueden convertirse en un modo de saltar esa barrera, como lo han sido

las ferias de pueblos, bares de copas y otros lugares o actividades en que se busca, sin tapujos, pareja.

Amar y compartir es tarea ardua, no podemos herir a uno por amar a otro, pero tampoco podemos secarnos, convertirnos en desierto sólo por contentar al gran público mientras el tiempo corre hacia la muerte. El amor no es estático, viene, se va, y si no se lo abraza fuerte, muy fuerte, desaparece: «Te estoy queriendo tanto que te estoy acostumbrando mal... Y es que el amor no puede estar por siempre a nuestro lado. Y es que el amor puede cambiar de rumbo de año en año. Y es que el amor es algo que viene y se va como las golondrinas, y hay que darle de beber en cada esquina, en cada esquina, amor, en cada esquina» (*Te estoy queriendo*, del Maestro Manuel Alejandro).

«Ama y haz lo que quieras», decía San Agustín en su *Homilía VII*. Y hay tantos modos de amor como modos de actuar en este mundo. El amor continuado porque se respeta al otro, porque se le da libertad y porque hay constante renovación, es maravilloso, pero también hay otros modos de amar. «El amor no tiene esta o aquella forma, /no puede detenerse en criatura alguna; /todas son por igual viles y soñadoras» (*Los fantasmas del deseo*), decía Luis Cernuda. Espero que disfrutes, que seas valiente en el amor, que te liberes por dentro y no utilices el sexo y la amistad entre hombre y mujer como un modo de «imponer tu voluntad, tu proyecto», que no sigas la definición del amor de Sartre: «Amar es intentar dominar la voluntad del otro. Odiar es reconocer la libertad del otro como opuesta a la propia y tratar de anularla. El amor conduce al fracaso, porque sólo se logra la posesión del otro siendo uno a su vez poseído por él. Y el odio también conduce al fracaso, porque su expresión extrema, el homicidio, degrada al homicida a asesino. No podemos

vivir sin relaciones humanas y no podemos evitar que éstas sean conflictivas y ambivalentes».

La piedra de toque del amor verdadero es no ser meramente egoísta, seguir nuestra naturaleza y situación concreta, ser libre y renovado, no dejarse esclavizar por las convenciones o la misericordia que acaba ahogándonos, basarse en las necesidades y capacidades reales y no querer volar más alto de lo posible, como un Ícaro autodestructivo.

La vida no es tan complicada como nos quieren hacer creer los filósofos, y el amor no es tan alambicado, ni tan angustioso ni doloroso como nos cantan algunas rancheiras mexicanas. Sea o no sea verdad, mejor es ser positivos y cantar con Celia Cruz: «Todo aquel que piense que está solo y que está mal tiene que saber que no es así, que en la vida no hay nadie solo: siempre hay alguien. ¡Ay!, no hay que llorar, que la vida es un carnaval, es más bello vivir cantando... y las penas se van cantando». Te deseo que salgas de ti y encuentres ese alguien, y si lo tienes que lo conserves renovando tu amor todos los días. ¡Así sea!

Taipéi, 10 de octubre de 2015